

Definiciones paradójicas en filología y otras ciencias

José Antonio de la Riva Fort

Primera: El pergamino

El pergamino es una piel de res, que limpia de vellón, raída, adobada y estirada, sirve para escribir sobre ella. Para despojarla del pelo se introduce en una disolución de agua con cal. Después debe ser raída con un cuchillo especial llamado *rasorius* y pulida con piedra pómez. Finalmente, para que la superficie se torne lisa, se debe encolar los agujeros y grietas. Elaborar un código de este material según esta técnica tradicional requiere un esfuerzo muy importante, y una considerable abundancia de material, ya que para hacer unas cien páginas se necesitan alrededor de cuarenta pieles. Tanto por la gran cantidad de mano de obra requerida como por el costo de los materiales, se trata de un soporte muy caro para la escritura, y por eso, con el tiempo fue reemplazado casi totalmente por el papel, al punto que en el siglo XXI que alguien conozca la técnica de su elaboración es muy raro.

Y raro era Marcial Martínez, no sólo por conocer y practicar a la perfección el arte antigua de la fabricación de pergamino en plena edad moderna, sino porque además escribía sobre dicha anacrónica superficie una literatura poco convencional, que a su vez era fruto de unas motivaciones muy particulares. Para él la elección y elaboración del material, por un lado, y la invención, disposición y elocución de las ideas y formas, por otro, no eran partes diferenciadas e independientes de la creación, sino un mismo proceso indisoluble en el que cada palabra sólo tenía sentido si era puesta sobre su superficie natural, idónea. Se puede decir, por consiguiente, que su arte verbal estaba constituida desde sus raíces por un fuerte sentido plástico.

El pergamino no era la única superficie que utilizaba. Había razones de coherencia y principios artísticos propios que lo invitaban a probar siempre superficies distintas. Se vanagloriaba de que, si bien por la historia de la literatura habían

desfilado mejores poetas que él —cosa ciertísima desde el punto de vista del virtuosismo—, que aunque Baudelaire, Keats, y Vallejo y otros muchos habían sido mejores, nadie, en el extensísimo devenir de los tiempos había escrito sobre tantas materias como él.

En efecto, no sólo pergaminos, papiros, papeles, cartones y cartulinas pertenecían a su inventario de bases materiales, sino que buena parte de los reinos vegetal y animal —y ni qué decir del mineral— había sucumbido también a sus ímpetus creadores y a sus ansias de encontrar la sustancia palpable adecuada para cada idea artística. Así pues, Marcial Martínez a la fecha de su muerte había escrito sobre puertas, paredes, tejas y parquet, sobre lozas de mármol, de piedra, ladrillos y diversas superficies sintéticas, sobre lienzo, ropas de lo más variadas, cortinas y manteles, sobre acero, plata, oro y otros metales, sobre asfalto, cemento y vías de tren, pero también sobre sandías, manzanas, lonjas de jamón y de queso y otras tantas materias, que escapan a cualquier memoria, por prodigiosa que sea.

La censura sobre tal afición sólo contribuía a exaltar aun más sus ganas de probar superficies nuevas, de manera que sus familiares y amigos se abstuvieron de criticarlo. Cada vez que arruinaba, o embellecía, de acuerdo con el punto de vista que se adopte, un objeto del mobiliario de la casa, era reprendido, pero inmediatamente perdonado, porque en todos los otros aspectos de su vida su frenesí creador se transformaba en un cariño infinito, una atención y cortesía interminables, una apertura de corazón, de palabra y de obra que no conocía límites, razón para permitirle todos los caprichos que se le antojaran. Desde muy niño había sido excéntrico, y el mundo a su entorno tomaba sus extralimitaciones como algo natural, salvo las veces que se metía en peligro.

Como cuando tenía unos dieciséis años y se trepó al tejado de su casa desde tempranas horas de la mañana a escribir con su mano izquierda lo que le viniera en gana. Sus padres lo consintieron, porque escribía en las partes más centrales y menos empinadas del techo, que no eran peligrosas; pero a medida que el espacio seguro se hallaba ya escrito y según atardecía y la luz cedía su lugar la oscuridad, él se aproximaba al borde del tejado, donde las tejas eran empinadas. El peligro era real, tanto que terminó cayéndose y rompiéndose la mano derecha, torciéndose la muñeca y astillándose el codo. Al instante lo llevaron a la clínica, donde fue atendido, operado y enyesado. El resultado fue una almohada del hospital convertida en un soneto que relata épicamente la gesta del día anterior, con su heroica caída. El texto se conserva.

O cuando, ya mayor y no tan ágil como para treparse al techo, decidió aprovechar la ausencia de tráfico de las madrugadas, para redactar sobre el asfalto de una importante avenida un largo cuento sobre el largo camino de la vida. Cuando ya faltaban solamente los últimos retoques, se hallaba tan extenuado, y como consecuencia de su mala alimentación —en ese tiempo era frecuente que se olvidara de

comer—, tan mareado, que el delirio creador no le permitió ver el robusto Mercedes Benz C 500, que, conducido por un borracho, casi lo priva de la vida. Un mes en el mismo hospital, atendido por la misma enfermera, le sirvió para recuperar peso y salud. Lo lamentable es que las autoridades de tránsito de la ciudad prefirieron la seguridad vial al arte —no es que fueran amantes de la seguridad vial, pero en el Perú se prefiere cualquier cosa por sobre el arte— y optaron por borrar inmediatamente el cuento del negro asfalto, que, según adujeron, habría podido llevar a los conductores a la confusión. Por eso no se conserva. El cuento, sin embargo, era mucho menos confuso que otros muchos de su producción artística que, para bien o para mal, sí se conservan.

En tiempo de su madurez artística y personal, cuando ya estaba casado y había apenas nacido su primer hijo, comentó que se le acababa de ocurrir una superficie sobre la que aun no había escrito, pero nunca quiso decirle a nadie cuál era. Nadie se interesó por el secreto, porque parecía encontrar todos los días algo nuevo en qué entretenerse, como la construcción del taller para la confección del pergamino, que también data de esas épocas de recién casado, en las que investigó acerca de la técnica medieval para la elaboración de la vitela.

Para él era igualmente necesario adaptar el contenido, la forma y el material a la lengua en la que debía ser escrito el poema. Si bien el castellano era su lengua materna y en la que desarrolló la inmensa mayoría de sus escritos, conocía también el inglés, el italiano, el francés, el alemán, el japonés, el quechua, el latín y el griego clásico. Su prodigiosa memoria y su aguda percepción de las reglas gramaticales hicieron que la cantidad de errores que cometía al escribir en lenguas extranjeras fuera mínima. Por esta razón se pueden encontrar unos pocos y no muy inspirados poemas suyos en estas lenguas.

Resumiendo, se puede afirmar que a nivel material, si bien el pergamino era su superficie favorita, era capaz de extenderse sobre un campo muy variado. En lo que respecta a su inventiva literaria se puede decir que fue también variopinta, puesto que desarrolló el cuento breve y el drama mínimo con ejemplos de cierto valor. Si se toma en cuenta la reducida amplitud y exigua comodidad de los soportes que elegía, se puede ver por qué nunca produjo obras de gran extensión. Así, hizo de los poemas cortos y los epigramas ingeniosos su producción más constante, en la que llegó a un mayor grado de maestría.

Una obra desperdigada a capricho sobre una extensión geográfica considerable, producto de sus numerosos viajes, en parte realizada sobre material poco resistente, incluso corruptible, y tan breve en su unidad y variada en su género como poco comentada por los críticos y poco introducida en el mundo del diálogo literario, fue la herencia que dejó al futuro. Los problemas que significaba poner junta tan dispar producción literaria acarrearón a la postre que nadie se preocupara por editarla. Por eso no publicó nada en vida.

Segunda: La filología

La filología es la disciplina que trata de recuperar el texto auténtico de una obra literaria fijándolo y restaurándolo, tomando en cuenta todo análisis de forma y contenido que se apoye en el estudio e interpretación tanto del material lingüístico como del contenido histórico y cultural del que forma parte dicho texto. Factores como las malas condiciones de conservación del material, errores de copia y de imprenta, entre otros, determinan que el que llega nosotros sea un texto que se aparta mucho del original. Pero para corregir eso existe un método científico que a través de una recensión, una colación de variantes, una localización de errores y sus consecuentes fases de eliminación, selección y corrección, reconstituye el texto deseado en una edición crítica.

Esto fue lo primero que me enseñaron cuando empecé la carrera; pero hoy, que la he terminado, poco puedo hacer con todos mis conocimientos para enfrentarme a la obra de mi padre, que como corpus es única en su tipo. Es tan atípica, tan especial y cada elemento es tan único, que encontrar un criterio para buscarla y una vez encontrada, clasificarla, contextualizarla y finalmente descifrarla para interpretarla en toda la complejidad de su contenido, me es sumamente complicado.

En un inicio la tarea me pareció ligera y placentera, porque era como una aventura: Era por ejemplo conversar con una tía que sabía dónde vivía un amigo de mi padre en cuya casa había un jardín en el que un árbol ostentaba rústicas pero inconfundibles inscripciones literarias. Era llamar a algún amigo que quisiera acompañarme y visitar la casa del señor para intentar convencerlo de que nos dejara llevarnos el árbol o pelar su corteza, y como naturalmente nos respondiese que no, que al menos nos dejara tomarle fotos. Era llevarlas a revelar y luego archivarlas en un apartado. Y así avanzar poco a poco.

O por ejemplo entrevistar a algún amigo que recordara los nombres de cada uno de los cafés que visitaron juntos y pasar por ellos uno por uno en búsqueda de algún mantel memorable o servilleta garabateada. Era intentar convencer a los dueños de dichos cafetines de que nos los enseñaran, luchar contra su irracional apego a piezas literarias que ni siquiera entendían y, apelando a buenos argumentos y al cariño que sentían por mi padre, lograr que me los facilitaran para sacarles una foto o al menos copiar el contenido, que de por sí ya era complicado, porque la caligrafía de mi zurdo padre, inspirado y entusiástico bebedor de vino, ya mala por naturaleza, entorpecida por la inadecuación del material y el apuro nacido de la clandestinidad de la escritura, se hacía a veces ilegible.

Por esta y otras razones mi trabajo no avanzaba y frustrado, terminé abandonándolo. Pero ahora he decidido hacerlo todo de manera más ordenada. Primero llamaré a todas las personas que lo conocieron y así indagaré dónde están sus escritos. Después intentaré recobrarlos, y una vez recuperados, los clasificaré por

género o por cronología. Solamente cuando haya terminado esta recensión empezaré el análisis obra por obra y variante por variante. Es un trabajo titánico y por eso me he tomado un año sabático para dedicarme a estos avatares y sacar una edición que compile su obra completa que espero dé fama al talento literario de mi incomprendido padre.

El trabajo sería mucho más fácil si él estuviese vivo y me aclarara cuáles son las versiones últimas de cada obra o la época en la que escribió cada poema. Pero ya hace siete años que murió y así no puede ayudarme.

Tercera: El asesinato

El asesinato es un acto infame que consiste en matar a alguien con premeditación y alevosía. Marcial Martínez fue declarado culpable justamente de la acusación de asesinar a su hijo mayor, cuyos restos mortales habría escondido, teoría que nace del hecho de que nunca hayan sido encontrados. Los motivos que lo habrían impulsado a realizar semejante atrocidad son por entero desconocidos, y también se encuentran como desaparecidos. Las pruebas que la justicia habría encontrado para declararlo culpable al parecer fueron suficientemente incriminatorias, pero también son ignoradas, tanto como quién fue el autor de la denuncia. Finalmente, tampoco se explica por qué el señor Martínez no realizó esfuerzo alguno por mostrar su inocencia.

La pena por ese crimen era la de cadena perpetua en el penal de Luriganchó, y fue cumplida con todo rigor, con aislamiento severo, absolutamente privado de contacto ni con el mundo exterior ni con los compañeros de presidio. No se autorizaban visitas, lo que lo sumió en una profunda soledad, pues, aunque excéntrico, su familia era el centro de su vida afectiva. Su celda era tan pequeña, que, vista desde fuera, parecía más fácil salir de ella que entrar. En su totalidad tenía más o menos el tamaño de la cama en que Marcial acostumbraba dormir, cuando niño. Porque de mayor dormía en una cama para reyes. Enfrentarse con una celda tan pequeña le creó un sentimiento de absoluto confinamiento, de extrema reducción, de constante opresión, que, por otra parte, era justamente lo que los constructores de la cárcel, hábiles, tenían en mente cuando trazaron los planos.

Para un dedicado lector amante de la antigüedad clásica, enamorado del poder retórico de las narraciones de Lisias, de la perfecta estructuración de los periodos de Cicerón y del valor intemporal de los personajes de Homero, el no poder tener consigo aunque sea un libro puede ser un motivo de desolación tremendo. Marcial Martínez apelaba a su gran memoria, intentaba recordar las palabras de los poetas, pero sabía que no lo hacía con exactitud, que la imprescindible literalidad se le escapaba, y por eso se desesperaba, inventando a Apolonio, reconstruyendo a Virgilio, y en sus últimos días hasta delirando entre lágrimas los versos de autores que jamás existieron. Tal era su necesidad de alimento espiritual que empezó

a conferir valor poético a las pocas inscripciones que en su mundo de presidiario podía leer: “No orinar fuera de la taza” “No dejar el grifo abierto” “No hacer ruido después de las once.” “No...”

No se le dejó escribir, no se le autorizó la tenencia de tinta ni de papel. La falta de expresión y comunicación hizo que no pudiera, en caso de no haber cometido ningún crimen, explicarle a nadie qué había pasado en realidad o, en caso de haber hecho algo, hacer una apología de sus acciones o en todo caso una acción de arrepentimiento. Pero no le dejaron decir nada, lo emparedaron en el mutismo, lo enterraron en el silencio. Todo esto colaboró con que al poco tiempo se deprimiera.

Demás está decir que la comida era terrible. Él era sumamente exquisito en la gastronomía y hasta la comida de casa, elaborada con cariño, dedicación y siguiendo las recetas e ingredientes que a él le gustaban, era a veces rechazada. De manera que los alimentos de la cárcel, de ínfima calidad, producidos en masa, y sin gusto ni cariño, apenas los probaba, y su consumo se limitaba al mínimo necesario para su supervivencia.

Desde el día de su detención fue decayendo tanto en cuerpo como en espíritu. Día a día fue perdiendo, primero la brillantez, luego el buen humor, después la estabilidad, la razón, la energía, la salud y finalmente, después de 777 días en la cárcel, la vida.

Su esposa Constanza y su hijo menor, Juvenal, sufrieron mucho la pérdida. A nivel económico no, porque heredaron las abundantes propiedades del fallecido, de las que toda la familia vivía y que fueron siempre administradas por la esposa, más eficiente que su cónyuge para esas labores. Pero afectivamente la desaparición de Marcial Martínez significó un vacío importante. La esposa cayó en tan desolación que, desde el momento del encarcelamiento, tuvieron que pasar tres largos meses para que se procurara un amante.

El hijo menor, Juvenal, en ese entonces motivado por tener un padre poeta, que siempre lo estimuló a leer mucho, había decidido estudiar filología. Con la muerte de su progenitor el pobre perdió no sólo a su poeta favorito, que es algo terrible, sino a un padre, que en ciertos casos es incluso peor.

Cuarta: La paternidad

La paternidad es la cualidad de padre, un padre es el varón que engendra y educa a sus hijos, y un buen padre es quien hace su papel con amor, entusiasmo y buen sentido. Marcial Martínez fue, sin duda, tanto para mí y como para mi hermano mayor, un padre, y de los mejores que la imaginación pueda inventar.

Nos quiso muchísimo. Debo admitir que a su primogénito y homónimo más que a mí, pero a mí también me quiso, y me lo dijo muchas veces. Siempre se dio tiempo para dedicarse al desarrollo de nuestra inteligencia. Todo el tiempo que

no estaba escribiendo o pasándolo a solas con mi madre, que no era poco, nos lo consagraba no sólo con ganas, sino con una imaginación florida y una atención esmerada para con nuestra evolución.

Cuando éramos niños nos leía algunos de sus cuentos, cuando eran inteligibles; cuando no, nos leía o “Cuentos populares italianos”, de Calvino o “Las mil y una noches”, o bien a Ovidio, a Poe, a Maupassant, y cuando crecimos un poco más, a Borges y a Cortázar. Recuerdo su voz modulada, encantada, que con sus inflexiones mostraba no sólo que entendía lo que leía, sino que lo disfrutaba en el alma como un consagrado actor de teatro que recita en la voz exacta su papel favorito. No tocaba ningún instrumento, pero gracias a su tocadiscos, Mozart, Chopin, Debussy, Grieg y Rachmaninov ocuparon un lugar de honor en los confortables asientos de nuestras mentes. Hoy me sigo preguntando cómo leyendo y escuchando todo esto pudo escribir lo que escribió.

Recuerdo en particular un paseo “Sólo para hombres” en el que nos llevó a unos 170 kilómetros de Lima, a un establo de un amigo suyo, para elegir las pieles que mi padre convertiría luego en pergaminos. Mi hermano tendría unos trece años y yo once. El trayecto, si bien largo, no fue pesado, porque fuimos cantando todo el camino. Una vez en el establo, tan pronto como nos bajamos de la camioneta, los hijos del dueño llegaron corriendo y mientras saludaban a gritos a mi papá, se colgaron de su cuello. Lo conocían ya de un par de visitas anteriores, y un par de regalos y ocurrencias los habían seducido para siempre. No tuvimos celos, sino que nos alegramos de que nosotros lo tuviéramos veinticuatro horas al día y para toda la vida, mientras que ellos sólo lo veían de vez en cuando.

Después llegó el momento de elegir las pieles. Mi padre reclamó silencio absoluto para el examen del cuero de los animales y procedió inmediatamente a su estudio. Examinaba las pieles una por una, analizándolas mancha por mancha con una delectación propia de quien encuentra en un mapa el camino al tesoro y traza la ruta más rápida y segura hacia él. Descartaba unas, se aferraba a otras, y con el índice iba señalándonos las velludas características de la piel, que eran como accidentes geográficos en el terreno. En esos momentos, mi padre era un niño grande que compartía con sus propios niños su juguete favorito. Al final compramos montones de pieles, hasta llenar el maletero de la camioneta. De regreso condujo a toda velocidad, cosa que fue de lo más divertida, porque cometimos toda clase de temerosas imprudencias, consecuencia de sus ansias desmesuradas por llegar a casa y procesar la piel para obtener sus pergaminos cuanto antes. Mi hermano y yo estábamos invitados a ayudarlo en dicha ceremonia, lo que nos llenaba de alegría.

Anécdotas como ésta hay muchas. Fue un padre excelente. Un poco excéntrico y raro, pero de ningún modo un asesino que mata a su propio hijo. No hay nada en el mundo más inverosímil que el que alguien se vuelva loco de un día para otro. No

entendiendo cómo pudieron incriminarlo esos policías. Además no hubo pruebas y no se escuchó nuestras declaraciones. La cosa fue simplemente así de irracional:

Una noche en la que mi padre había salido con sus amigos, mi hermano se fue de juerga y no regresó a dormir, lo que era común en aquellos tiempos, en los que, según él, yo era demasiado pequeño para salir de noche. Mi papá, que también había salido esa noche, llegó a casa de madrugada, incluso más tarde que yo, y al darse cuenta de que mi hermano no había llegado, se preocupó muchísimo, tanto que se pasó todo el día siguiente buscándolo él solo. Como no pudo encontrarlo, acudió a la policía a denunciar la desaparición, pero no sirvió de nada, entre otras razones, porque los policías en el Perú simplemente no sirven para nada. Marcial Martínez padre sólo dejaba de buscar a Marcial Martínez hijo en los breves momentos en que se refugiaba en el taller de pergamino para echar fuera tensión, haciendo lo que más le gustaba. Así pasaron muchos días, y pese a los esfuerzos, mi hermano no se dignaba aparecer.

Al cabo de dos semanas viene la policía y se lleva preso a mi papá. Al día siguiente nos dan la doble mala noticia: mi hermano está muerto y mi papá es acusado de su asesinato en un juicio en que tenía todas las de perder. Yo jamás entenderé.

Quinta: Un epigrama

Un epigrama es una inscripción en verso que originalmente se grababa en lápidas funerarias y estaba compuesto de manera que sugería que el difunto o dedicante se dirigía directamente al lector visitante, proporcionándole datos escuetos en un estilo austero. Con el tiempo se introdujo el refinamiento final, que pasó a ser su rasgo característico: un juego de palabras o una paradoja en la última frase. Terminó llamándose así a todo poema breve que expresara con precisión y agudeza un solo pensamiento principal, por lo general festivo o satírico. Precisamente en éste género se inscriben muchos de los últimos poemas de Marcial.

Después de vaciar por completo los libreros de la casa, Juvenal encontró una lujosísima carpeta de terciopelo color rubí, en la que estaban sus creaciones más recientes, todas ellas en pergamino, como si al final de su vida sus ansias de plasticidad material se hubiesen saciado. Por la cuidada presentación juzgó que se trataba de poemas a los que apreciaba particularmente. Causa cierta impresión el contraste entre el valor que el autor les daba, y el valor real como poemas, que no es precisamente muy alto. El estilo era indudablemente maduro: tres epigramas en griego clásico, versificados en dísticos elegiacos y que seguramente fueron compuestos en sus últimos días de libertad, pues todos están fechados entre el catorce y el diecisiete de Octubre. Si fue detenido el veintitrés de ese mismo mes y en la cárcel no escribió nada, puede decirse que estos últimos poemitas, manuscritos en un extraño pergamino de cuarenta centímetros de largo por treinta de

ancho, serían lo último que escribió en vida. Como fueron escritos en la más pura tradición griega, para ser publicados fue necesaria una traducción al castellano, la cual Juvenal consideró apropiado realizar en prosa, quitándole al puro dialecto jónico-ático hasta la más mínima insinuación de ritmo, de esta manera:

“Moriste de una fiebre que no era tuya, de un ardor ajeno que te hizo un adorno del Hades, un pasajero de Caronte. Pero la divina belleza de tu suave piel te ha hecho glorioso eternamente. Morir es siempre el destino de cuantos viven, pero tú, Marcial, muerto, vivirás aquí por siempre.”

“Mudo poema soy, pero con estas palabras te pido, oh lector, que conozcas a quien guardan estas entrañas. Esta es la tumba de Marcial, mortal entre los vivos, inmortal entre los muertos.”

“Vosotros, instruidos en el arte de las musas, ¡deteneos! ¡Yo os saludo! Veis que ya no existo, pero por favor, basta de dolor, basta de llanto, que llorar no os deja abrir los ojos. Con lágrimas negras se fabricó la tinta que hace mi cuerpo eterno. No digáis “Adiós, Marcial, lástima que fuiste raptado por la Moira antes de tiempo.” Más bien preguntad: “Hola Marcial, inmortal Marcial, ¿cómo estás?” Para que yo pueda responder: “Bien, vigoroso como un corcel de Helios, afortunado como el rey de los hiperbóreos y bello como un poema de Marcial.””

Estos tres últimos epigramas, que recuerdan demasiado a ciertos poemas de la antigüedad como para ser buenos, u originales, fueron interpretados por Juvenal como fantasías funerarias, casi proyectos de epígrafe para la lápida de Marcial hijo. Y fueron fruto de la asunción de su muerte, de ese pesimismo nacido de la imposibilidad de encontrarlo, de la sospecha confirmada día a día de que no lo encontraría nunca más, sentimientos que pasó al papel en esos encierros en el taller en que fabricaba sus pergaminos.

Después del hallazgo de estos poemas, que consideró como una muestra de piedad paternal y deseo de inmortalidad para su difunto hermano, Juvenal, sentado en la biblioteca de casa, golpeó con el puño el escritorio, indignado al pensar que había gente que pensaba que era posible que su padre fue culpable de un acto de violencia, cuando era evidente que conceptos como pergamino, filología, epigrama y paternidad, no podían ir con el de asesinato. Pensaba en estas cosas, haciéndose interminables preguntas sin respuesta, mientras acariciaba lentamente, entre el índice y el pulgar, la suavidad de ese extraño pergamino, que a juzgar por el color, y la textura, no parecía ser exactamente de vitela.

Fin

José Antonio de la Riva Fort nació en Lima, Perú, el siete de marzo de mil novecientos ochenta y uno. Cursó tres años de estudios en la facultad de letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú entre los años 1998 y 2000. Fue merecedor de una mención honrosa en los juegos florales del año 2000 de dicha universidad por el relato «La magia del Gusbay». Desde el 2001 reside en Salamanca, donde estudia la licenciatura de filología clásica. En mayo del 2002 ganó el primer premio en el concurso internacional de relatos «Hernán Cortés» de la Universidad de Salamanca por el cuento «Definiciones paradójicas en filología y otras ciencias». Actualmente se encuentra terminando su primera novela, de pronta aparición.